



Vagamente recuerda la muerte de su madre. En primer lugar, se alzó la figura de la tía Berta. Con palabras cortantes seleccionó las ropas de duelo y sus miradas glaciales se encontraron por todas partes. Antes de que su madre muriera, Baby nunca tomó en consideración a la tía Berta: una señora extremadamente delgada, que hablaba poco, para regañar, quejándose en todo momento del desorden en la familia de Baby.

—Pueden decir lo que quieran, pero lo que Cecilia —la madre de Baby— está haciendo con *esa niña* es incalificable —la tía dio un sorbo a su delaware y continuó—; naturalmente, Cecilia siempre ha estado un poco zafada. Tuvo mucha suerte al casarse *tan* bien, pero desde la muerte de Christian, Cecilia y esa niña van de mal en peor. Qué ocurrencia meterla en esa escuela... ¿cómo se llama?

—Helena Herlihy Hall —precisó tímidamente Teresa: siempre quiso estudiar allí.

—Sí, *ésa* —nuevo sorbo al refresco.

Ahora bien, a Baby le sorprende no haber oído nunca decir a su tía si yo educara a esa niña, conmigo esa niña encontraría el buen camino, etcétera. Por eso le sorprende, aún más, que al morir su madre haya pedido que la tía Berta se encargase de cuidarla y (¡Maldita sea! —escupe al suelo Baby) de administrar su herencia.

La tía dijo en otra ocasión:

—Me parece muy dañino que le digan Baby... No sé, es un nombre frívolo, insensato.

En cambio, siempre le encantó que el padre de Baby se llamara Christian, por ser un nombre muy varonil (—¡Vieja payasa! —comenta Baby), muy sonoro y tan cristiano (—Me dan ganas de vomitar —agrega). A Baby no le importaba su apodo ni el nombre de su padre (—Déjenme en paz y podrán llamarme como quieran —enfatisa Baby dando una bocanada descomunal a su cigarro): ahora ya se acostumbró.

Baby tenía doce años cuando murió su madre. Lloraba más a causa de la sorpresa que por el dolor. Recuerda cómo fue guiada por la tía Berta. Mano huesuda, seca, rosario que colgaba. En el entierro Baby lloró muchísimo, aferrándose a la falda negra de su tía. La mano huesuda alcanzó a rozar la cabeza de Baby, antes de ser capturada por su familia en sus deseos de consolarla.

Pero tampoco oyó decir a su tía ahora que está a mi cuidado esa niña sabrá lo que es decencia, o algo por el estilo. Si simplemente, Baby vio azorada cómo acomodaron su ropa, y sin darse cuenta, se encontró interna en el Motolinía, donde estudiaba su prima Teresa.

—Hice todas las canalladas que se me ocurrieron —ríe Baby—, inventé a Tere a fumar, a ponernos medias, a pasar el

tiempo contemplando las callecitas de la colonia del Valle. Si las mugrosas monjas no nos expulsaron fue por el aprecio que le tenían a doña Berta. Las monjas siniestras eran iguales a mi tía.

Observen a Baby: con risas malignas induce a Tere y a otras muchachas e invitan a una nueva educadora. —Nada más un refresquito, para que no se sienta sola aquí; después de todo tenemos casi la misma edad.

La educadora acaba de terminar sus estudios y está a prueba en el Motolinía. Al instante advierte que el refresco es casi puro ron, pero se siente de tal modo aterrizada que bebe sin chistar. Finalmente recorre toda la escuela.

—¡Monjas rateras, me pagan cuatrocientos pesos y trabajo como mula, Dios las va a castigar, brujas!

Ante las niñas de primaria alza su vestido y muestra las pantaletas.

—¡Señorita, esto es bochornoso!

Baby aplaude.

La madre directora, furiosa, se quejó ante doña Berta y Baby recibió una carta muy extensa (“estás endemoniada el hecho de que yo no esté ahí perviertes a tu prima el nombre de la familia, mi hermana Cecilia se moriría de vergüenza no tienes casta”) y la castigó prohibiendo que saliera los fines de semana (—Qué chiste, jamás había salido un fin de semana —aclara Baby, y agrega: —Aunque raspaba, cuando fui al baño me limpié con la carta). También reprendía a Teresa (en menor escala). Teresa es hija de la tía Ester y siempre estudió en el Motolinía.

Baby terminó sus estudios de comercio (a los diecisiete años porque no hizo secundaria) y la tía no pudo encontrar pretextos para evitar que Baby viviera en Acapulco, donde reside la familia.

En Acapulco, Baby se negó a trabajar o a estudiar algo más. Tuvo que convivir con su tía y sólo los fines de semana veía a Tere, que trabajaba como secretaria en el hotel Caleta.

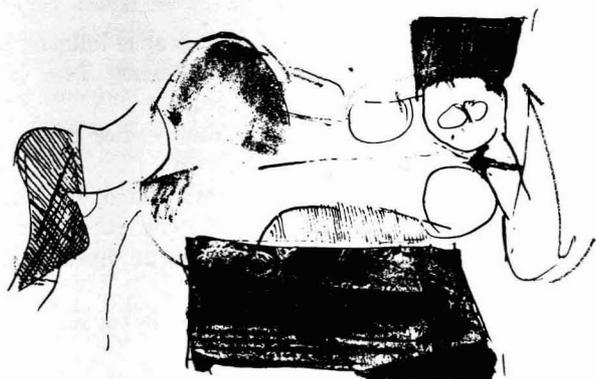
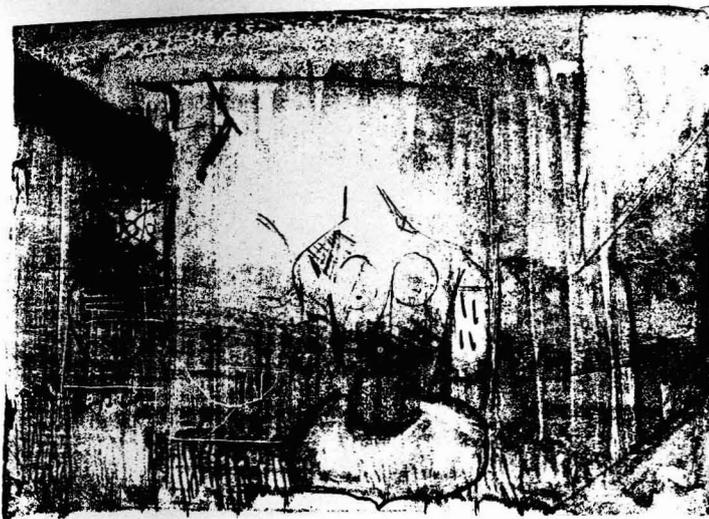
Se levantaba muy tarde. Su diario cigarro antes del desayuno terminó por neurotizarse, a la tía. Pidió que le compraran un coche, y como no se lo concedieron, prácticamente requirió el desartalado hillman que perteneciera a su madre y que tenían ruleteando. Todos los días, aun fuera de temporada, iba a la playa donde se reunían los muchachos.

Baby se llevaba con todos pero sólo toleraba la plática de Jorge.

—Es un estúpido —decía—, pero chistoso.

En su casa la acusaban de incorregible, descocada, güila, etcétera, pero la verdad es que Baby era muy puritana. De acuer-

\* Del libro que próximamente publicará Joaquín Mortiz, *Inventando que sueño* (Drama en cuatro actos).



do, de vez en cuando se besaba con Jorge, pero —eso no cuenta —dice Baby con regocijo.

Iba a fiestas, se desvelaba a menudo y respondía con monosílabos a los regaños de su tía. Fumaba ráleigh con filtro y bebía vodka martinis. Sin embargo, raramente pudo eludir la misa de las nueve (domingo tras domingo).

Llegó un momento en que dejó de hablar con su tía y toda comunicación mutua fue a través de sirvientas y familiares.

De vez en cuando, Tere tartamudeaba para pedirle que mejorase sus relaciones con la tía.

—Mira, Tere, eres media retrasada mental, pero me *caes* bien, así es que cierra la alcantarilla que tienes por boca y nunca menciones a esa arpía.

—Cómo eres, Baby.

La tía Ester, inexorablemente, vaticinaba una vez a la semana:

—Baby, estás pecando contra la ley de Dios y de san Pedro y san Pablo. Tienes que hacer las paces con Berta, la estás matando, ¿no lo comprendes?

—¡Basta ya —explotó Baby una vez—, o dejan de estar molestándome o les doy de patadas! Que si no comprendo. ¿No comprenden ustedes que está robando mi dinero, que es una malvada, que quién sabe qué le dio a mi madre para que le diera poderes sobre mí? ¡Me vomito en la vieja infeliz, me dan ganas de enterrarle las uñas en los ojos y sacárselos y tirarlos al suelo y pisotearlos!

Calma, Baby.

Baby acostumbraba caminar por la playa, sola, en los días en que no había mucha gente. En un momento determinado se dejaba caer.

Baby hizo montoncitos de arena y mecánicamente los tiró al mar.

—Escucha tía —dijo al mar—, no puedes engañarme tan fácilmente. Estás acostumbrada a manejar a toda la familia, pero conmigo no vas a poder. Déjame decirte, nada más. Descubrí ya *todo*. Envenenaste a mi mamá. La envenenaste. Cuando estaba agonizando la obligaste a firmar ese mugroso papel que te concede mi patria potestad y la administración de mi lana. Mi mamá se agitaba, se rasguñaba la garganta, te veía sin poderte creer capaz de acariciarla. Porque eso hiciste. La asesinaste. Y ahora quieres matarme a mí. Todo lo descubrí bien, ¿verdad? ¡Por qué te quedas callada, estúpida! ¡Niégalo si te atreves! ¡Conmigo no vas a poder!

Baby escupió al mar.

—Pero deberían imaginar lo que me dijo una vez —especifica Baby, con la mirada en las colchas, un poco pálida.

Con gran frialdad, Berta dijo:

—Mira, *niña*, he hecho todo lo posible porque nos llevemos bien, pero es imposible, Dios lo ha visto. Estás endemoniada. No quiero saber nada de ti. No puedo dejarte tu dinero hasta que cumplas veintiún años|

—¿Ajá?

—Tú lo sabes. Ya nada más falta año y medio. Durante ese tiempo, ¿quieres irte a los Estados Unidos o a donde se te de la gana?

—Sí, pero hasta que el dinero sea mío. Antes lárgate tú y déjame en paz.

—Qué cínica, ¿no? —comenta Baby—; además, esa vez yo tenía mi regla, no pude ir a la playa porque el kótex se notaba. No quería ver a nadie. Estaba furiosísima.

Jorge, la Malena, el Chupatesta, Rodolfo, Tomás y Baby fueron a El Rebozo. Tomás era hijo del presidente municipal y se sentía el gran don Juan de Acapulco. Sacó a bailar a Baby, mientras que Jorge los observaba fríamente, agitando su vaso para que los hielos chocasen.

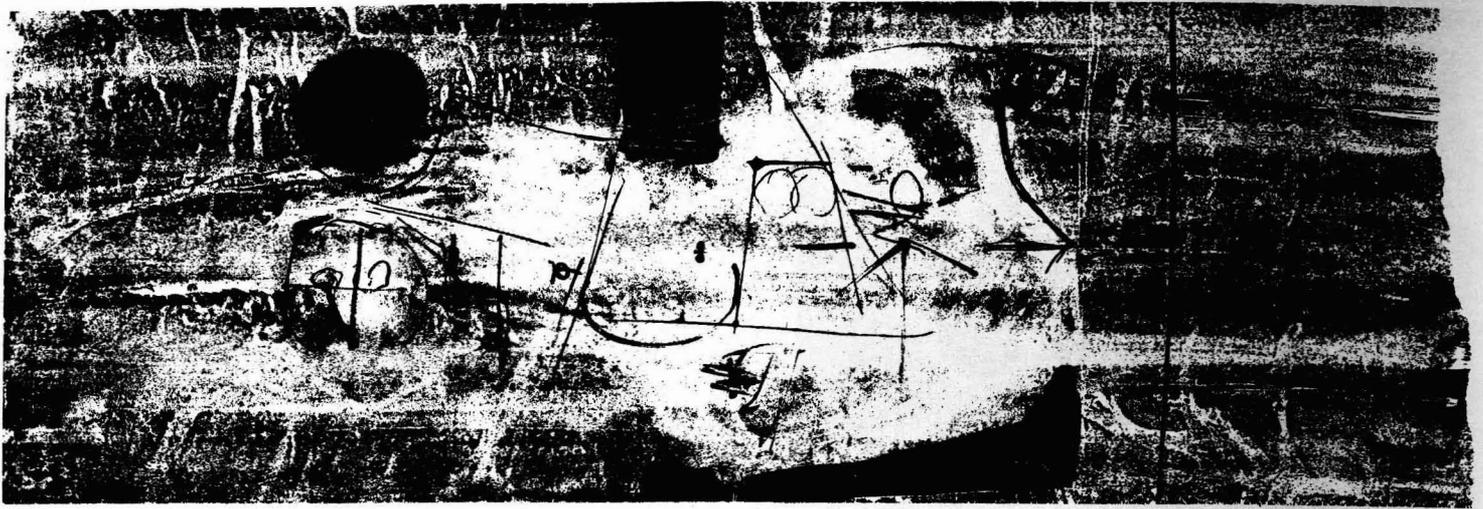
Al poco rato, Baby regresó ceñuda. Tomás sonreía y sacó a bailar a Malena. El conjunto tocaba una rumba desde ocho minutos antes. Baby acabó de un trago su vodka martini. Jorge se acercó.

—Qué pasó, Baby.

—Nada.

—¿Te dijo algo Tomás?

—No.



—¿Se te pegó?

—Siempre bailamos así.

—¿Te agarró abajo?

—No.

—Oye, ¿pasamos la noche juntos?

—No.

—Ándale.

—No estés moliendo, payaso.

Jorge inició una narración pormenorizada y larguísima acerca de sus padres: querían ponerlo a trabajar. Aburrida, Baby salió a la playa.

—Esto no se queda así, tía —dijo al mar.

—Ya no sabía qué hacer —explica Baby, mientras la enfermera le tiende un jugo de naranja—. Ya estaba hasta el copete de todo...

Cuando la tía Berta murió (ataque cardiaco, diagnosticaron los médicos) la sorpresa fue general. Berta se veía fuerte, nudosa, con mucha vida aún. El velorio fue en la casa y Baby se negó a salir de su habitación. Cada cinco minutos, una tía, una prima tocaba en su puerta. Tienes que estar presente. Sal. Dios te castigará.

—¡Váyanse al diablo! —masculló Baby, pálida, acurrucada en la cabecera de la cama, sin dormir, oyendo los ruidos de los asistentes al velorio. Todo Acapulco acudió.

Al otro día.

Simplemente salió del cuarto, y tras ella, sus tías y primas la observaban, chismeando con seguridad.

—De cualquier manera, no me importaba —explica Baby alisando las sábanas—, podían decir lo que quisieran sin que a mí me importase.

Idiotas, se dijo, no son más que unas idiotas.

Se puso un bikini negro, una blusa roja y pasó por la ventana, para que la vieran. Allí, comprendió que no sabía qué hacer. Voy a la playa. Se encaminó hacia una cabina telefónica. Un veinte, zumbidos, voz con sueño.

—Jorge.

—Sí, quién es.

—Baby.

—Arajo, Baby, ya ni friegas, qué horas de hablar.

—Son las doce y cuarto.

—Es muy temprano.

—¿Me acompañas a la playa?

—Oye, ¿qué no se murió tu tía?

—Fíjate que sí.

—¿No la van a enterrar hoy?

—Eso supe. Pero está bien, si no quieres ni modo. Chao.

—Espérate, no te aloques.

—Entonces, me acompañas?

—Sí.

Empezó a buscar un taxi. Se le ocurrió sacar el hillman, pero tendría que regresar a la casa. Repentinamente, Tere la alcanzó. Baby maldijo a los taxis de Acapulco.

—Nunca aparecen cuando se les necesitan —dice Baby.

—No seas mala, tienes que ir al entierro.

—Tere, a pesar de tus cosas me caes bien. Mejor párale.

—¿Te das cuenta de lo que haces? Anoche no estuve en el velorio, ya ahorita mi mamá y mi tía Cruz están diciendo lo peor.

—Pues que lo digan, manita, ojalá sus entierros sean pronto para tampoco ir.

—Entonces no piensas, deveras no piensas ir al entierro.

—No. Mira la blusa que me puse. Voy a la playa, ¿no quieres venir?

Tere permaneció inmóvil cuando Baby subió en el libre.

Jorge no habló del asunto y ella no pudo menos que agradecerlo. En la playa encontraron a los muchachos (—Ellos, claro, se sorprendieron al verme —cuenta Baby, observando un frasco con medicinas), quienes hicieron algunas preguntas. Baby respondió con evasivas.

Subieron hasta el restorán, donde todos pidieron cervezas y ella un vodka martini criminalmente seco, por favor. El conjunto abofeteaba con su pretensión de surf, pero nadie se puso exigente.

—¡Oye, Baby —aulló Tomás—, vamos a festejar tu nueva riqueza con un surfazo!

Baby no se molestó del todo, pero, ceñuda, se levantó a bailar. Tomás bailaba luciéndose, sin dignarse ver a Baby. Algunos turistas tomaron fotos y comentaron these guys are really hot shots. Baby tomó asiento, fatigada, cuando Jorge decía lo de siempre.

—Las gordas, no lo nieguen, han emigrado de los Acapulcos. ¿Dónde están los hermosos tiempos en que había golfas hasta debajo de la mesa? Yastamos verracos!

—¡Vieja tu móder! —gritaron.

En vista de eso, Jorge contó sus peripecias en su último trabajo como bellboy en El Presidente. Casi se puso triste. Jorge conoce a Baby desde la infancia.

—Jorge —insiste Baby— también es un tarado.

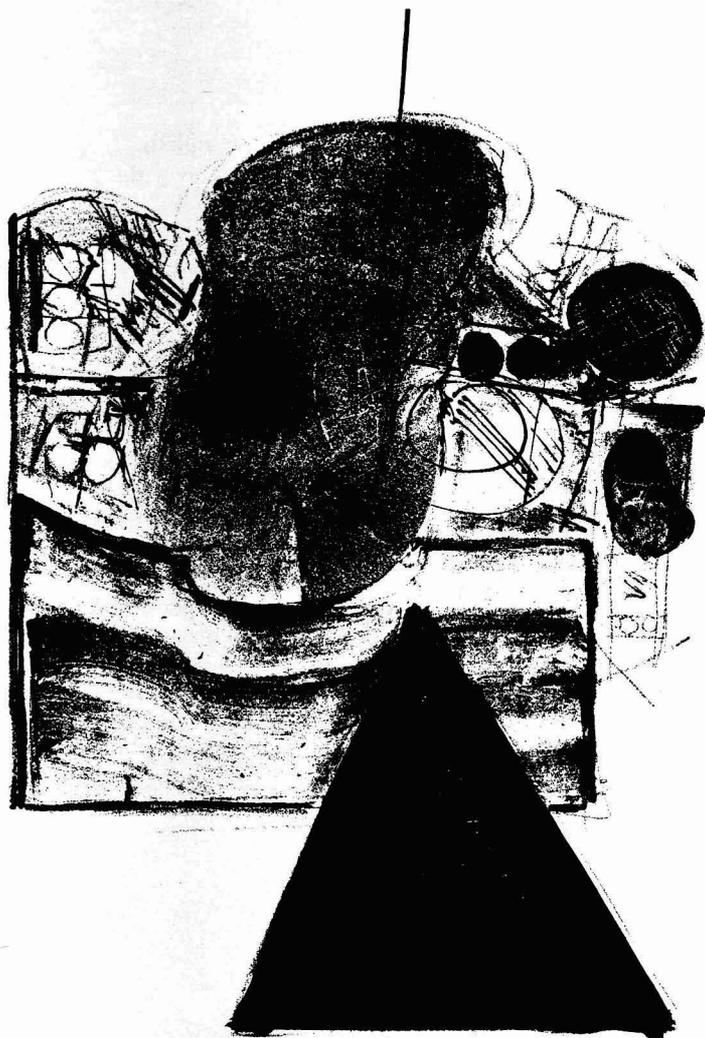
Bajó a la playa. Vio a las olas desbaratarse en sus pies con violencia reprimida. La necesidad de caminar mucho (—Hasta cansarme) la invadió. Iba alejándose de las zonas concurridas, caminó y sólo se detuvo al encontrar que la playa se interrumpía en unas rocas.

Se dejó caer. Sus dedos jugueteaban con montoncitos de arena y sonriendo amargamente los arrojaba sobre sus piernas. No quiero pensar nada, ahora soy libre, ahora me alejaré de mi cochina familia, seré lo que se me antoje, podré saber qué se me antoja, prefiero estar sola, vivir tranquila, vivir tranquila, vivir tranquila... Pero no se sentía tranquila, estaba erizada por los nervios, el agua que lamía sus piernas la martirizaba.

—Me sentí *mal* porque, al levantarme, la arena se había pegado a la blusa, al bikini y a las piernas —sonríe Baby, jugando a tapar y destapar el frasco lleno de medicinas.

Después se sintió furiosa porque unos tipos la miraban con insistencia, a lo lejos. Caminó unos pasos y volvió a sentarse, recargando la cabeza en sus rodillas, sintiendo que sus ojos cosquilleaban y que acabaría llorando.

—¡Vieja loca, deja de hacerte taruga! —gritó Jorge, pero se arrepintió al instante. —Perdóname, Baby —dijo al acercarse. Idiota.



Regresaron juntos al restorán, donde ya se retiraban para ir a casa de Tomás. Todos bebieron como locos. (—Yo me quedé en un rincón, sentada en el suelo, con un vaso en la mano —dice Baby). Se negó rotundamente a bailar y con bromas hirientes hizo que se alejara todo aquel que quiso acompañarla.

Baby se descubrió bastante borracha cuando Tomás subió en una mesa.

—Me acaba de hablar Rodolfo desde la cárcel, al muy menso lo agarraron presolín por dizque faltas a la decencia. Se impone sacarlo, ¿no?

Tomás se encaró con alguien que parecía ser el juez.

—Amigo, sabemos que por maniobras de alta política entamaron a nuestro zanquita Rodolfo Radilla y venimos a exigir su inmediata libertad.

El pretense juez respondió que el joven Radilla debía pagar una multa de mil pesos (—¡Mil pesos! —aullaron todos) porque se le sorprendió en plena playa cometiendo faltas a la moral con una muchachita que había logrado huir.

—Ya estaba muy mal —explica Baby—, sólo recuerdo que Tomás amenazó con avisarle a su papá.

A regañadientes el juez puso a Rodolfo en libertad: fue recibido con aplausos y trompetillas. Baby, perfectamente ebria, no había soltado su vaso.

—Propuse un brindis, ¿se imaginan? —dice Baby sonriendo con modesto rubor, aún con las medicinas en la mano.

Baby los siguió hasta los autos y tomó asiento entre Tomás y Rodolfo, quien dijo:

—Oye, ¿qué no se murió tu tía?

Ella le miró los ojos, con la mente ida, parpadeando húmedamente, hasta que al fin pudo musitar:

—Sí, tengo que ir al entierro.

—Sí, eso dije —reconoce Baby, mirando las sábanas.

Pidió que detuviesen el auto y bajó a la calle, tambaleándose y con deseos de vomitar.

Un taxi.

El entierro ya había terminado y sobre la tumba de la tía Berta había numerosos ramos de flores. Baby no supo qué estaba haciendo allí. Viendo la tierra amontonada, olorosa, con flores baratas encima, sintió el mareo.

—Palabra que no pude aguantarme, no pude, no pude, no pude —susurra Baby aferrándose a las sábanas: la enfermera se coloca a su espalda.

Intentó contenerse sin lograrlo y vomitó largamente sobre las flores (—Vomitó como retrasada mental —precisa Baby), después, se dejó caer en el suelo, musitando hacia la tumba:

—Querida tía, ahora estamos en familia; explícame todo.

Y quedó en el suelo, esperando que su tía iniciara la plática.